

fueron puestos en libertad. Aquellos hombres huyeron desesperados, temiendo que su libertad de un momento se desvaneciese; tomando, por lo tanto, sus machetes y los instrumentos más indispensables, emprendieron el camino desde el corazón de las selvas hasta la ciudad de Tenosique. Como no llevaban víveres ni iban preparados para el viaje, diez o quince murieron en el camino. Como se verá, el problema fundamental es la falta de comunicaciones, y los trabajadores que se encuentran en las condiciones que voy a describir, son víctimas de una prisión geográfica, más que de una prisión de otra índole.

“Al cabo de sesenta leguas llegamos a Zendales, que es la “montería” legendaria a donde se amenazaba llevar a los trabajadores en las haciendas de Tabasco y Chiapas. En la casa principal había diez o quince personas; me dijeron que los braceros de la negociación, que ascendían a varios cientos, se hallaban distribuidos en grupos entre la selva. Uno que otro sirviente indiscreto me contó de un famoso administrador que hubo allí, que todas las mañanas formaba a los trabajadores y les pasaba revista al estilo militar. Los infelices temblaban bajo la vista del feroz administrador, como seguramente nunca han temblado los soldados delante del instructor más cruel del ejército.

“En los primeros días del viaje, el guía se mostraba reservado: era un hombre de confianza de la empresa, pero poco a poco los peligros, la vida común y las gratificaciones fueron ablandando su corazón y me reveló que hacía como un mes un sirviente y una mujer se habían ido de la “montería” rumbo a Ocozingo. Entonces él y el hijo del administrador salieron en su persecución hacia el pueblo. Al llegar a las cercanías de Ocozingo se encontraron a la mujer tan extenuada por el hambre, que casi había perdido el juicio, y el hombre, viéndola en ese estado — ocasionado por las largas penalidades durante muchos días de selva —, la había abandonado y continuado solo la fuga. Como ya se encontraban en las fronteras de la civilización, decidieron dejar a la mujer, que era un desecho humano, y no perseguir al hombre, que se había escapado y había logrado llegar a terrenos controlados por las autoridades mexicanas.

“En Zendales cambiamos de guía. Después de dos o tres días de camino, éste me confesó que mes y medio o dos meses antes, otro trabajador había pedido que lo dejaran salir. Lo llevaron al campamento central, que queda cuarenta leguas más adelante, o sea a cien leguas de Tenosique; ahí los empleados lo apalearon y después, tendido sobre una camilla, lo sacaron de la casa principal y se lo llevaron río abajo en una canoa. Mi interlocutor no sabía si aquel hombre se había muerto o si después de apalearlo lo habían llevado al río para darle su libertad.

“Lo cierto del caso es que después de muchos días de camino